Núm. 187.



RELACION
RENDIRSE Á LA OBLIGACION.

YO, generoso Español
(aunque este traje grosero
me encubre) soy Federico,
hijo del Rey Clodoveo
de Napoles, que con justa
aclamacion goza el Reino
mas fertil de toda Italia,
logrando prudente y cuerdo
en la fé de sus vasallos
aquel cariño y respeto,
que de amado y de temido
dan á un Príncipe supremo
nombre inmortal, que vincula
eterno á su mano el Cetro.
En Napoles vivia yo,
sin haber sentido el fuego
de amor, ni sus tiranias,
ocupado en el honesto
ejercicio de los libros,
del bridon en el manejo,
del negro acero en las líneas,
de la caza en el experto
aparato de la guerra;
y finalmente, en aquellos
graves héroicos motivos,
que toman los nobles pechos
para ejercitar iguales
el valor con el ingenio.
Quando acaso (que los males
suelen venir sin pretesto)
llegó á Napoles un dia
cierto pintor estrangero,
de grande opinion y fama,
y llevaba algunos lienzos
al Rey mi Padre, que siempre
tuvo á la pintura afecto.
Entre ellos (ay de mi triste!)
iba un retrato tan bello
de una muger, que los ojos
recelaron y temieron,
que fuese idea y no copia,
pues en humano sugeto
al parecer no cabian
juntos tan raros estremos
de hermosura y perfeccion,
tanto, que yo amante y ciego,
pues al verla le di el alma,
mudo entre el amor y el miedo
creí turbado y confuso
haberme rendido á un lienzo.

De qué original, le dije,
procede el hermoso cielo
de esta copia? A que responde:
Este divino sugeto
es Margarita, Duquesa
de Bretaña, cuyo Imperio
compite con su hermosura,
siendo de tan alto empleo
pretendientes en su Córte
mil príncipes forasteros,
que solicitando todos
tener tan hermoso dueño,
la festejan y enamoran
en lícitos galanteos
con mil diversos festines.
Y de aqui á un mes han dispuesto
en defensa de su gala
unos soberbios torneos
delante de su Palacio,
dando al vencedor en premio
una corona de perlas,
ó diamantes, cuyo precio
vale una Ciudad. Yo entonces
rendido á tan noble objeto,
sin darle cuenta á mi Padre,
una noche en el silencio
de las sombras me embarqué
solo con un Escudero
en una Nave Española,
que llevando á popa el viento
favorable, nos condujo
en breves dias, al puerto
de la Ciudad de Bretaña,
Patria, oriente, alvergue y centro
de la hermosa Margarita,
donde disfrazado llego
y me informo, que entre tantos
pretendientes forasteros,
era el mas dichoso Enrique,
hermano del Rey Fisberto
de Francia, pues merecia
en público los honestos
favores de Margarita,
y que acabado el torneo
seria su digno esposo,
á cuya noticia ciego
como zeloso, propuse
solicitar mi remedio
con la lanza y con el puño,
procurando en los torneos
quitarle la vida á Enrique.
Salgo á campaña encubierto,
donde sus tiendas tenian
todos los Aventureros,
hasta el señalado dia,
habiendo visto primero
á la hermosa Margarita,
disfrazado en los festejos,
que en su Palacio se hacian,
donde hallé, que el pincel necio
hizo agravio á su belleza,
pues al mirar sus luceros,
era su hermosura mas,
quando su destreza menos.
Llegó del tornéo el dia,
y armado de limpio acero,
matizado el fuerte arnés
de azul, amarillo y negro,
colores, que publicaban
desesperacion y zelos:
sobre un caballo de Frigia,
tostado alezán, que á el eco
de la caja y el clarin
iba danzando y moliendo
la corpulenta estatura,
monté animado tan diestro
en la carrera y el torno,
que al medir fuerte y ligero
los términos de la valla,
excedió dos elementos,
al viento con la herradura,
y con el relincho al fuego,
me presenté en el Palenque
entre los Aventureros,
que eran de una parte y otra
los Cortesanos soberbios,

que con el dichoso Enrique,
su caudillo al mismo tiempo,
iban entrando en la tela,
bizarramente compuestos
de motes, plumas y galas.
Partióse el Sol á los écos
del clarin, donde los Jueces,
dejando igual el terreno,
nos pusieron frente á frente.
Aqui la pluma de Homero
quisiera para pintarte
el valor, el ardimiento
de los briosos caballos,
y valientes Caballeros,
que hechos yunques en las sillas
á tanto fornido encuentro
de las ya deshechas lanzas,
cubrieron de horror el Cielo,
de negro vapor el Sol,
los Astros de polvo denso,
la Tierra de espuma y sangre,
y el Aire de horror y miedo.
De esta suerte mantenian
naturales y estrangeros
en igual grado el valor,
cuando yo atrevido y ciego
buscaba á Enrique, y el hado
(que para ser mas adverso
suele ser mas favorable)
me lo puso junto al mesmo
mirador de la Duquesa
sobre un Andalúz overo,
de una nube Cordobesa,
relampago, rayo y trueno.
La lanza enristré, le busco,
y él al mirar mi denuedo,
se cubre del fuerte escudo:
partimos los dos á un tiempo,
mas como yo le llevaba
por zeloso, amante y ciego,
tan conocida ventaja,
no fué mucho, del encuentro
venir á la blanca arena,
confesando desde luego,
que alli no le derribó
mi valor, sino mis zelos.
Cayó en fin y tan mortal
quedó en la tierra, que el Pueblo
creyó ser muerto, y á voces
pide venganza á los Cielos.
Llega la guardia á prenderme
ayudada del esfuerzo
de los fuertes Cortesanos:
los nobles Aventureros
en mi defensa se ponen,
vuelvese á encender el fuego
de la batalla mas vivo;
y yo en tan crecido riesgo,
solo ver á la Duquesa
desmayada sobre el pecho
de una criada sentia.
Ibase el dia cayendo
sobre los montes vecinos,
y la noche con su velo
las sombras formaba, cuando
arrimando con aliento
al caballo las espuelas,
mas volando, que corriendo,
salgo al campo, llego al sitio,
donde esperaba Laurencio
mi Escudero, y sin pensar,
por la senda de un otero
á aqueste bosque llegamos,
y á este Palacio, que el tiempo
desmanteló con sus iras,
que fué segun me dijeron
en la Córte muchos años
alvergue, quinta y recreo
de los Duques de Bretaña,
hasta que el Duque Leonelo,
abuelo de la Duquesa,
falleció en el trance fiero
de una sangrienta batalla,
quedando desde aquel tiempo
yermo, inhabitable y solo,
por ser caso verdadero

que los guardas de este bosque,
los Pastores y los mesmos
que habitaron el Palacio,
diversas veces oyeron
quejarse al difunto Duque,
arrastrando por el suelo
gruesas horribles cadenas.
Ya sea verdad ó ya cuento
fabuloso, esto bastó
para dejar desde luego
todo el sitio yermo y solo,
sin que pie humano haya vuelto
á poner aqui sus huellas.
Y desesperado, viendo,
que dejar la tierra fuera
cobardia, me resuelvo
á habitar este Palacio;
y para estar encubierto
Laurencio trajo estas pieles,
y cadenas, con que intento
ser conocido de nadie,
fingiendo el horror, que el miedo
acreditó en este sitio;
y desde un Lugar pequeño,
que dista de aqui una legua,
con el natural sustento
viene á verme cada dia,
de quien supe que mi encuentro
no quitó la vida á Enrique,
y que apaciguó el sangriento
combate el volver en si,
llevándole el Conde Alberto
valido de la Duquesa,
á Palacio, donde luego
con medicinas suaves,
y lo que será mas cierto,
con sus favores, quedaba
libre del pasado riesgo,
y que esta noche (ay de mi!)
con aclamacion del Pueblo,
y nobleza, celebraban
(solo de pensarlo tiemblo)
sus bodas: Quedé mortal,
y furiosamente ciego,
desesperado y zeloso,
esta misma noche intento
hallarme en un gran sarao,
que segun dijo Laurencio,
se hace en Palacio á sus bodas,
donde la nobleza y Pueblo
pueden hallarse en la fiesta
(costumbre antigua del Reyno)
con mascaras disfrazados,
para morir, ya que muero,
con el alivio la pena,
con la gloria el sentimiento;
el pesar y el alegria,
con la rabia y el consuelo
de vér la hermosa Duquesa
Margarita, pues no siendo
de nadie aqui conocido,
entre el tumulto bien puedo
aventurarme á este lance,
porque de una vez el pecho
acabe con tantas penas,
tantas dudas y tormentos,
congojas, ansias, pesares,
y desdichas, pues muriendo
tan obediente á sus ojos,
cumpliré con el efecto
de perder á Margarita,
y en mi corazon á un tiempo
cesará el tropél confuso
de ira, amor, invidia y zelos.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael Garcia
Rodriguez, Calle de la Librería.